

Respuestas egoístas a propuestas altruistas. Consideraciones sobre destinatarios de programas de economía social

Matías J. Iucci

Introducción

Entre 2003 y 2015 el Ministerio de Desarrollo Social de Nación desarrolló un conjunto de programas anclados en la economía social, con los que buscaba incluir a los destinatarios en el mercado laboral, incorporándolos en esquemas de producción de tipo grupal y solidario.

En este marco, el programa “Argentina Trabaja” alentaba su integración en unidades de producción de tipo cooperativa, otorgando por ello una retribución mensual. El “Banco Popular de la Buena Fe” fomentaba microemprendimientos individuales desde el microcrédito e incentivaba a sus destinatarios a incluirse dentro de grupos solidarios, entre quienes debían surgir relaciones de confianza.

Estos programas presentaban un fuerte componente moral que se podía identificar tanto en sus lineamientos como en la impronta que adquirían en la voz de los agentes encargados de su implementación. Así por ejemplo, el “Banco Popular” invitaba a compartir encuentros en los que no solo se proponía analizar la situación de los grupos de destinatarios con relación a sus proyectos económicos, sino también sensibilizarlos sobre valores tales como la “confianza”, el “valor de la palabra”, “la ayuda desinteresada” y la “buena fe” de las personas. Esos valores no solo resultaban útiles para las reglas de funcionamiento del programa, sino que también pretendían incidir en la vida cotidiana de sus destinatarios.

En este trabajo, nos preguntamos sobre cómo los lineamientos de los programas fueron interpretados e incorporados –con mayor o menor resistencia– por sus destinatarios. ¿Cómo valoran los destinatarios de los programas sus lineamientos?, ¿cómo los interpretan, los consideran y los incorporan en su cotidianeidad?

Con estas preguntas, se intenta aportar conocimiento acerca de las prácticas, representaciones y relaciones sociales en las que se involucran los destinatarios a propósito de los programas sociales, y sobre los modos en que los programas inciden en sus vidas cotidianas.

Para dar respuesta a los interrogantes indagamos en las experiencias de Constanza, quien fuera oportunamente destinataria de los dos programas aquí mencionados, y a quien conocí en el contexto de la implementación del Banco Popular de la Buena Fe en una ONG del barrio de un municipio que aquí llamaremos “El Saladero”.

¿Por qué centrarse en un solo caso?, ¿qué tiene de particular Constanza? Consideramos que Constanza puede ilustrar un caso particular que merece ser explorado en profundidad. ¿Un caso de qué? Soldano (2009) realizó una tipología sobre la experiencia de recepción de programas sociales que resulta vital para responder esta pregunta. Uno de los tipos descriptos por la autora incluye a aquellos que tenían experiencias “adaptativas-maximizadoras” de los lineamientos programáticos, ya que aceptaban plenamente las reglas de juego impuestas por los mismos, adaptándose a ellos para beneficiarse de sus recursos.

Otro era el caso de aquellos cuya experiencia era caracterizada por la autora como “conflictiva-maximizadora”: en contraste con el tipo anterior, las personas incluidas aquí se incorporaban a los programas, aprovechaban las oportunidades que brindaban los mismos, pero mantenían una actitud desafiante y conflictiva tanto con los lineamientos programáticos como así también con sus autoridades.

De acuerdo con esta tipología, Constanza podría ilustrar un caso que contribuye a profundizar este segundo tipo, es decir, quienes se involucran en los programas pero no dejan de mostrar su disconformidad con sus lineamientos, transitan por las propuestas programáticas con cierta incomodidad, y quienes oportunamente pueden confluir en acciones de protesta. Sin embargo, y a pesar de ello, mantienen una continuidad en el largo plazo como destinatarios.

En las páginas siguientes describimos un desencuentro entre los lineamientos programáticos que caracterizamos como de “vocación altruista”, centrados en un horizonte grupal, y las respuestas y toma de decisiones por parte de Constanza en clave egoísta, ancladas en sus propias estrategias individuales. Es decir que ahondaremos en cómo Constanza se desempeña en ambos programas, beneficiándose de los recursos que promovían sin responder cabalmente a las consignas propuestas. A su vez, nos detendremos en analizar las decisiones, evaluaciones y motivos que la llevaban a actuar de ese modo.

La política social pretendida por los programas y la vida cotidiana de sus destinatarios

Hace casi dos décadas, Le Grand (1998) planteaba que las políticas de los regímenes de bienestar se encontraban fundamentadas en teorías sobre el comportamiento humano. Distinguía entre supuestos “caballerescos”, en los que incluía a las políticas que pensaban a los destinatarios como altruistas y solidarios; “pícaros”, que involucraba a aquellas políticas que esperaban acciones humanas individualmente guiadas, o bien “subordinados” en tanto esperaban que las personas se mostraran pasivas o bien indiferentes a las propuestas de políticas.

Los programas de los que estamos hablando en general pueden englobarse dentro de los supuestos “caballerescos”. En el caso del Banco Popular de la Buena Fe, el programa otorgaba dinero para emprender un proyecto económico (ya sea de reventa de productos, de prestación de servicios o de producción) y exigía su devolución. En contraposición a un banco financiero, la “garantía” solicitada a la persona que requería un préstamo era de carácter solidaria. La “solidaridad” del Banco Popular se apoyaba en dos ideas. En primer lugar se la entendía como garantía de devolución del préstamo otorgado. Si bien había un fondo original que establecía el ministerio nacional, el Banco Popular sustentaba su funcionamiento cotidiano con el aporte que surgía de la devolución semanal del préstamo contraído por sus destinatarios, para lo cual se organizaban reuniones obligatorias. En segundo lugar, solidaridad significaba en este programa “ayudar al compañero”. Para esto, las promotoras del Banco Popular invitaban a quienes se acercaban al programa a que pensarán en un proyecto (un microemprendimiento) a desarrollar con

el préstamo, y que se involucraran en un grupo de cinco personas, funcionando como compañeros del grupo, garantes del préstamo. Se señalaba en los manuales que, en caso de que algunos de los participantes del grupo tuvieran problemas durante el desarrollo del emprendimiento o bien se vieran dificultados para la devolución en tiempo y forma de las cuotas correspondientes al monto prestado, los otros integrantes, junto a los promotores, debían proponer alternativas para superar los obstáculos. En esta cuestión recaía la idea de “ayuda” entre iguales válida para los integrantes del grupo y en nombre de la que, se sugería en el manual, se podían organizar oportunamente “rifas, ventas de alimentos, bingos, ferias”.

Así, la solidaridad dentro del programa generaba obligaciones para los destinatarios con respecto a sus compañeros (garantías solidarias y ayudas), pero también ante la autoridad ministerial representada por las promotoras del programa.

De este modo, el funcionamiento del programa descansaba en la noción de solidaridad: ella garantizaría el sustento financiero del programa y también la formación de sujetos “altruistas”, dispuestos a ayudar a sus compañeros.

Por su parte, en “Argentina Trabaja”, los principios “caballerescos” se asociaban con el involucramiento y la formación de una cooperativa. En las charlas capacitadoras que brindaba el Instituto Nacional de Economía Solidaria (INAES) para las cooperativas formadas por el programa enunciaban enfáticamente que se trataba de realizar una empresa social, donde los medios de producción eran de propiedad colectiva y donde también las decisiones más importantes de la cooperativa se tomaban en el marco de una asamblea, a través del voto, que emitían los socios en igualdad de condiciones y con independencia del cargo ocupado.

En este caso, las personas debían aceptar esas condiciones para formar parte de la cooperativa: integrarse y relegar sus intenciones individuales a las decisiones tomadas en forma colectiva.

Si bien una mirada desde los lineamientos del programa plantea cuestiones más o menos explícitas sobre el comportamiento humano pretendido, diferente es cuando la problemática es vista desde el otro lado, es decir, desde sus destinatarios. Porque independientemente de las pretensiones estatales encerradas en lineamientos, y de cómo lo interpretan y traducen los actores encargados de implementarlos, los destinatarios de los programas pueden de-

sarrollar sus prácticas y valoraciones en forma más o menos alineada con esas pretensiones.

¿De qué modo indagar en las valoraciones y los sentidos construidos por parte de los destinatarios de los programas en los que se involucran? Seguimos en este trabajo principios sociológicos generales según los cuales aquello que las personas piensan se encuentra relacionado con el contexto en el que se involucran. Es decir, no alcanza únicamente con explorar en las opiniones individuales sobre tal o cual cuestión. Consideramos que para comprender sus puntos de vista se vuelve indispensable también ahondar en el conjunto de relaciones sociales más amplias y particularmente de aquellas que se generan en la vida cotidiana. Los pensamientos pueden ser expresados en tanto sentido común, forjados al calor de las múltiples redes sociales en los que se involucran los actores.

Las características de las redes en contextos de pobreza fue un tema de indagación intensamente estudiado por las ciencias sociales durante la década de 1990 y 2000. Se ha escrito particularmente sobre los actores barriales que nuclea nutridas redes por las que circulan sujetos en situación de pobreza: ONGs, movimientos sociales, comedores barriales, iglesias, clubes, sociedades de fomento, referentes individuales, partidos políticos forman parte de los actores que estructuran esas redes y dan forma a una nutrida institucionalidad barrial (Auyero, 2001; Cravino, Fournier, Neufeld y Soldano, 2002; Merklen, 2005).

También se ha enfatizado en cómo, en un contexto de privaciones materiales, los sujetos resuelven sus dilemas cotidianos no únicamente en el barrio sino que también en conexión con instancias estatales y también, aunque de un modo informal, con el mercado laboral. (Eguía y Ortale, 2007) Entre ellos suman conexiones de distinta índole con sectores “no pobres” (Gutiérrez, 2008) que ayudan en sus estrategias habituales de reproducción social.

Esta bibliografía señala que los sujetos se involucran simultáneamente en múltiples redes de las que participan estos actores, y van generando relaciones horizontales (Lomnitz, 1994; Forni y Nardone, 2005; Alzugaray, 2007) tales como redes de ayudas entre vecinos y familias basadas en la solidaridad y la reciprocidad, como así también de tipo jerárquicas (Vommaro, 2006; Noel, 2006; Soprano, 2008) que se entremezclan con relaciones de poder y dominación. Es justamente en esa confluencia de actores y

relaciones que se produce la vida cotidiana de las personas que participan en programas sociales.

Como guía de lectura para el caso de Constanza, sostenemos que los lineamientos de los programas sociales, encarnados en sus referentes y promotores, forman un discurso más entre otros que pueden ser articulados entre las diversas instituciones y actores que pueblan su vida. Esta cuestión lleva a pensar que la recepción de esos lineamientos “caballerescos” que la invitan a un comportamiento altruista, entra en diálogo tanto con otras ideas y representaciones provenientes de estos actores y relaciones que integran sus redes, como así también con la propia experiencia vivida, marcada por un acervo de respuestas a dilemas cotidianos que presenta la vida en esas condiciones.

Proponemos también que las respuestas dadas por Constanza son de algún modo, egoístas. ¿Por qué las respuestas egoístas?, ¿en qué consisten las respuestas egoístas? Kessler (2000) diseñó una tipología de experiencias de empobrecimiento de individuos durante la década de los noventa —es decir, aquellos que comenzaban a formar parte de la “nueva cuestión social” —, que puede ayudarnos en la comprensión del caso. Su tipología relacionaba la definición de la situación en la que se encontraba la persona con las estrategias que ensayaban para lograr su reproducción social. Entre los distintos tipos diseñados por el autor, dos fueron inspiradores para pensar el caso de Constanza, ya que basaban sus estrategias en respuestas individualistas

Los “luchadores” (para Kessler, los cuentapropistas pueden ser un ejemplo de ello) son personas que ante una situación de empobrecimiento y redefinición de su mundo próximo, luchan individualmente, sin esperar la ayuda de otros para afrontar la caída. El modo para hacerlo es acotar temporalmente las estrategias, relegando el largo plazo y amoldándose a pensar en la supervivencia “día a día”.

Por el contrario, los “pragmáticos” se caracterizan por ser jóvenes que entran en la vida adulta en plena pauperización, que poseen educación terciaria e incluso universitaria, y tienen también una actitud que les permite buscar y desarrollar recursos a partir de aprovechar al máximo su capital social.

Como veremos a continuación, si bien Constanza no cuadra perfectamente con ninguno de los tipos presentados, conjuga características de ambos, permitiendo pensar en la implementación de estrategias egoístas ante los planteos de los lineamientos programáticos.

Constanza en el “Banco Popular”

Constanza tenía 30 años, estaba casada y tenía 5 hijos. Vivía en un barrio alejado del centro, pero cerca de donde se encontraba la propiedad en donde funcionaba la ONG.

Su marido, con quien vivía, trabajaba en el Servicio Penitenciario como oficial. Con su salario les alcanzaba para sustentar el consumo de sus necesidades elementales. Por ello, Constanza siempre estuvo en la búsqueda de oportunidades laborales que permitieran expandir la economía del hogar. En sus 30 años, nunca había accedido a un empleo formal y en relación de dependencia. Había terminado sus estudios secundarios, y su trayectoria laboral era errante e informal. Con la ayuda de su marido, inició su actividad comercial con un kiosco: “Tenía 3 cosas, las compraba en un local mayorista y las vendía acá. Pero empecé a pegar carteles en el barrio, ir al jardín, como para empezar a publicitar los productos. Y así empecé... con nada”. Les vendía a los vecinos y amigos.

A ello le agregó la reventa de productos de la línea *Avon*, que los sumó a la oferta del kiosco.

De las múltiples charlas que mantuvimos daba la impresión de ser una persona segura de sí misma, decidida sobre los pasos que había que dar para lograr que las cosas marcharan bien y confiada sobre el rumbo de los acontecimientos. Para ella, las personas se dividían entre los que tenían y no tenían “calle”. Ella la tenía, y por eso entendía que le iba bien. La calle le daba un saber hacer indispensable para la actividad de vendedora: saber comprar, saber vender, saber ofrecer un producto a un vecino: “yo sé del negocio y me va bien” como me dijo alguna vez, y con eso podía superar cualquier situación adversa.

Para ella, los secretos, eran los siguientes: “tenés que conocer al cliente, tenés que saber cuándo cobra el marido, cuándo pagan las cooperativas, cuándo le sale la pensión, la asignación por hijo. Tenés que estar en todos los detalles”, y eso era algo que se establecía a través de una complicidad con la persona, algo que se averiguaba indirectamente.

En su rol de vendedora parecía no necesitar a nadie, ella podía resolverlo individualmente (tal como los “luchadores” identificados por Kessler). Sin embargo, estaba interesada en ampliar y diversificar su capital social y aprovechar al máximo distintas redes (al igual que lo hacían los “pragmáticos” identificados por Kessler), como veremos a continuación.

Trabajó en el Plan Jefas y Jefes de Hogar en el año 2001. Su ingreso al mismo lo asociaba a su participación en el Partido Obrero, en el que estuvo durante poco tiempo. Luego la conoció a Ana, la presidenta de una ONG barrial que trabajaba con los adolescentes del barrio. Al poco tiempo, comenzó a participar con mayor intensidad en la ONG, a involucrarse en actividades tales como el acompañamiento de los jóvenes a las excursiones que organizaban oportunamente a la Capital Federal, o bien cuando los llevaban a la costa bonaerense, aprovechando las posibilidades de alojarse en Chapadmalal a través de convenios con el ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

Entrar en contacto con Ana la acercó también a otro tipo de redes que luego le reportarían algunos beneficios. Además de presidente de una ONG y de ser una referente barrial, Ana era en aquel momento concejal por el Frente para la Victoria, y había establecido contacto con varios referentes partidarios, quienes a su vez ocupaban puestos en la gestión municipal. A través de ella era posible conectarse, por ejemplo, con el delegado municipal de su barrio, a quien denominaban “Pita”, y con Mirta, nuera de Ana y que en aquel momento trabajaba en una secretaría municipal y que también era promotora del programa.

La participación en la ONG la llevó a involucrarse en el Banco Popular de la Buena Fe, y con ello, en las reuniones que obligatoria y semanalmente se organizaban entre promotores y destinatarios del programa en la ONG. Allí, durante las reuniones, además de ponerse al día con las cuotas de los préstamos otorgados, se conversaba sobre el desarrollo de los proyectos, se realizaban “charlas” sobre temáticas especiales (día de la mujer, derechos humanos, día del trabajador, entre los que pude participar). Y era allí también donde se hablaba del compromiso, de la solidaridad, de la ayuda con los compañeros, de generar confianza.

Dado que el programa ya estaba funcionando –había en ese momento quince personas organizadas en tres grupos de destinatarios, todas mujeres, a excepción de un hombre, Carlos– y que todos estaban embarcados en distintos proyectos, cuando Constanza llegó fue integrada en uno de los grupos solidarios ya constituidos.

El proyecto en el que ella se involucró para pedir el crédito consistía en la reventa de indumentaria. Pensaba organizarse para comprarla tanto en el barrio “Once” de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, como en la feria

“La Salada”, y revenderla entre sus conocidos, amigos, vecinos y familiares. No estaba comenzando con algo nuevo, sino que el programa le era útil para consolidar el emprendimiento individual preexistente. Aún más, sumaba a la venta de productos *Avon* (que no fue suspendida ni reemplazada a partir de su participación en el Banco Popular) las prendas que podía comprar con el crédito del Banco Popular.

Constanza comenzó a participar de las rutinas del Banco Popular: todos los viernes acudía a las reuniones obligatorias del programa, compartía sus experiencias, devolvía el monto correspondiente al crédito tomado, conversaba con las promotoras, compartía con otras destinatarias. A pesar de ello, y de que afirmaba que le “iba bien” en el emprendimiento, era frecuente que pusiera en duda su continuidad en el Banco Popular. Al programa lo veía como una oportunidad para obtener un préstamo e iniciar algún negocio, a modo de diversificación de sus estrategias para sobrellevar las restricciones en sus condiciones de vida, de apostar a un proyecto individual y también de aportar al incremento del ingreso en el hogar.

Indudablemente, el programa era para Constanza un momento también de encuentro con vecinos y también con los promotores del programa (como Mirta). La ONG para Constanza significaba un espacio en el que se cruzaban múltiples redes, algunas más horizontales (amistad con otras destinatarias), las cuales ponían en relación a sujetos que compartían similares condiciones de vida (tales como las que se mencionan en los trabajos de Lomnitz, 1994; Gutiérrez, 2008; Alzugaray, 2007 entre otros) pero también otras que concentraban relaciones jerárquicas, vinculadas en este caso a la política, y a través de las cuales se ponían en contacto destinatarios de programas con mediadores políticos (Auyero, 2001; Vommaro, 2006; Noel, 2006). La participación en el programa tenía también para Constanza esta impronta.

Sin embargo, le molestaba el conjunto de reglas internas que existían en Banco Popular: “En principio la idea y modalidad del banquito me parecen bárbaros. Pero si tengo que mantener a otros con mis aportes, no me parece... me parece injusto”, dijo una tarde mientras caminábamos por el barrio, tras la reunión en la ONG.

Como explicamos, el Banco Popular se organizaba en base a préstamos con garantías de devolución solidaria: el destinatario se incluía en un grupo integrado por cinco personas, quienes pedían un crédito para realizar un

proyecto y que en nombre de la confianza prometían devolver. Esa garantía exigía también que en caso de que un integrante del grupo no pudiera devolver el monto, el resto de los compañeros de equipo cargarían con la deuda.

Eso era lo que le resultaba “injusto” a Constanza, responder con su propio capital económico la ausencia de compromiso de otro integrante del grupo. Esto lo mencionaba a propósito de Beatriz, otra destinataria que en ese momento no estaba yendo a las reuniones del grupo y a quien creía que iban a tener que pagar su parte.

Con el tiempo, se continuó discutiendo sobre esa deuda y sobre las de otros destinatarios.

Se resolvió que las deudas contraídas individualmente no fueran saldadas, hecho que generó nuevos conflictos entre destinatarias y promotoras: en el corto plazo planteó dificultades para que el “banquito” volviera a prestar dinero, amenazando en el largo plazo con la insolvencia del programa y con la posibilidad de cierre del proyecto en la ONG.

Sostenemos en este punto que la estrategia solidaria y colectiva que los lineamientos que el Banco Popular proponía no permeaba en las estrategias individuales de Constanza. Ante la situación de Beatriz no hubo propuesta colectiva, ayudas entre los integrantes del grupo, o la búsqueda de soluciones en equipo, tal como proponía el programa, sino que prevaleció una salida individual, aquella que dictaba no pagar.

Pensamos también que el grupo en el que se integró Constanza para obtener el préstamo no llegó a ser un grupo de referencia en donde plantear estrategias de producción y comercialización colectiva, sino que aquello que se colectivizaba eran las deudas. Y al mismo tiempo, Constanza utilizaba y amoldaba los principios generales del programa a sus propios intereses, centrados en desempeñarse en el mercado con las herramientas históricamente aprendidas.

Proponemos entonces una contraposición entre la solidaridad, grupalidad y confianza que eran parte de los lineamientos programáticos del programa y la salida individual, ligada a una experiencia vinculada a “la calle”, a saber moverse por el otro lado. Parecían, en este punto, miradas irreconciliables.

Del “Banco Popular” al “Argentina Trabaja”

A pesar de su participación en el Banco Popular, Constanza no había claudicado a otras búsquedas de nuevas redes. Como me comentó un día de

reunión, tenía otros “proyectos”, como le gustaba decir a ella. Por un lado, ingresar a la policía bonaerense. Por otro, buscar un programa “similar” al Banco Popular organizado por la parroquia del barrio. También estaba pensando en pedir un microcrédito en el Banco Provincia, que se asemejaba a la lógica del Banco Popular, aunque con garantías no tan solidarias. Proyectaba también ingresar al programa “Argentina Trabaja”, que en esos días se estaba popularizando entre los vecinos de la ciudad.

Así como el mundo laboral para ella era cambiante, también lo eran gran parte de los otros círculos sociales en los que se involucraba. Constanza no estaba ni atada a un programa particular, ni a una red en especial, sino que construía y proyectaba estrategias en un mundo que no era fácil. Sus horizontes temporales no superaban el corto plazo y cambiaban al ritmo de las incertidumbres y oportunidades cotidianas. Ella sabía, también por la “calle”, que había que moverse. Si la vida en el mundo precario e informal en el que inscribía sus trayectorias era de “riesgo” (Castel, 2010) y ello se traducía en desafíos cotidianos, Constanza respondía a los mismos con la búsqueda permanente de nuevos horizontes. Y ello era posible, según su estrategia, a partir de una inserción simultánea en la mayor cantidad de redes posibles. La estrategia principal ante el riesgo era la de ampliar y diversificar su capital social (en el sentido de Bourdieu) a los fines de beneficiarse (potencialmente) de los recursos que pudieran circular en las redes.

Uno de los viernes de reunión del Banco Popular, estábamos sentados en la puerta de la vivienda donde funcionaba la ONG, Constanza, Nora (otra de destinatarias del Banco Popular que integraba otro de los grupos) y yo, bajo la sombra de un árbol que nos protegía del calor del verano que comenzaba a llegar. Allí, mientras esperábamos que llegara Mirta con las llaves de la casa, se presentó el siguiente diálogo:

- ¿Te salió lo de la cooperativa? –le preguntó Nora a Constanza.
- Sí, a mí sí. ¿A vos? –le replicó Constanza
- No, tengo una angustia bárbara –dijo Nora– porque la verdad es que estaba re ilusionada con eso, y que te digan que no a último momento es feo. Ya tengo 35 años y está re complicado conseguir trabajo. En realidad explicaron que ya no entra nadie en estas cooperativas. Pero lo que van a hacer es si hay gente que deja de ir, van a ir completando con toda la

gente que no entró. Te felicito y me alegro por vos. Te quería llamar por teléfono pero no lo tengo. ¿Te llamaron hace mucho?

Constanza contó cómo había sido su ingreso a la cooperativa:

– En realidad, a mí me llamó Mirta –como dijimos, promotora del Banco Popular, nuera de Ana y colaboradora estrecha de las actividades de la ONG– para decirme de la cooperativa. Fui un día, llegué temprano a la delegación –donde Mirta es la secretaria de “Pita”–. Fui un día, me preguntaron un montón de cosas: si tenía casa, auto, si tenía trabajo, cosas así y nada más. Estuve 10 minutos. Después me llamaron para decirme que iban a cobrar el 20 de diciembre, y después de eso se empieza a trabajar. Esto es para que la gente no se queje, porque si te pagan antes, después nadie puede decir ni mu...

– Ah, qué bueno. ¿Cuánto es?, como 1200 pesos ¿no?

– Sí, eso. Pero vos ¿no le dijiste a Mirta? –preguntó Constanza.

– A Mirta, no... si no tiene nada que ver. Eso es algo que viene de Nación, que va a tener que ver.

Ahí Constanza cambió el tono de la voz y con sorpresa exclamó:

– ¡¡Ahhh... querida!! Tenés que avivarte. Tenés que caminar por la vereda del sol. Una cosa viene de la mano de la otra. Yo la conozco a Mirta, a Ana y a través de ellos a Pita. Ellos me ayudaron a que entrara en la cooperativa. Acercate y decile, porque ellos te pueden dar una mano.

Constanza tenía plena noción de las alianzas políticas y de las relaciones que existían entre Mirta, Ana y Pita. Era consciente, probablemente por eso de “tener calle”, o como surgía de este diálogo “caminar por la vereda del sol”. Es decir, que para que las cosas salieran, había que contactarse con las personas correctas.

El diálogo nos llevó a pensar sobre dos cuestiones. Por un lado, dejaba ver que había una jerarquía entre estos programas. A pesar de pertenecer al programa Banco Popular de la Buena Fe, Constanza y Nora (y los otros destinatarios también), se habían inscripto en las planillas municipales para ingresar a las cooperativas. Ellas valoraban el programa “Argentina Trabaja” por sobre otros programas. ¿Por qué?

Por el otro, permitía entender que Constanza podía explicar cómo había logrado ingresar al programa, y a la vez, por qué sus compañeras no lo habían hecho. Sabía que había entrado “por política”. Como les contaba a sus compañeros en otra conversación “el mío es un cargo político. Yo lo sé y es así. Todos ahí entraron por política, no por otra cosa. La gente sabe además con quién tiene que pedir”, habilitando una interpretación sobre las características de esas redes políticas como personales, particularmente arregladas y sujetas a intercambios particulares entre destinatarios de programas y referentes barriales.¹

“Por política” era también la explicitación de una mirada centrada en estrategias individualmente planteadas, organizadas con base en la incorporación de la mayor cantidad de redes posibles y la utilización potencial de esos recursos, tales como las que ensayaban los pragmáticos identificados por Kessler.

Constanza en el “Argentina Trabaja”

Al tiempo de esta charla, Constanza comentó que le habían salido dos de los “proyectos” que tenía: “Argentina Trabaja” y también el ingreso a la policía. Tenía dudas sobre qué hacer. Con la policía tenía dudas ya que le preguntaban por su vocación de servicio policial y no estaba segura de ello.

No sabía qué decisión tomar, porque si bien veía con buenos ojos a las cooperativas, consideraba que era “trabajo para hoy y por dos años”. No le gustaba la idea de que se terminara dentro de poco. Por el contrario, ingresar a policía le reportaría estabilidad laboral, pero posiblemente la trasladaran a un lugar de trabajo lejano. El dilema lo planteaba en un par de opciones opuestas: la estabilidad y la incertidumbre laboral por un lado, y un trabajo cercano a un mundo conocido (el de los programas sociales) por el otro.

Ante estas opciones prevaleció el programa “Argentina Trabaja”, interpretado, porque se parecía más al mundo laboral cercano y conocido, donde ella sabía que iba a poder amoldarlo a sus preferencias (como había logrado hacer con el Banco Popular) con mayor sencillez que en una estructura más rígida como la de la Policía.

¹ Tal como sugieren y discuten Auyero (2001); Vommaro (2006); Vommaro y Quirós (2011); Zarazaga (2015), entre otros.

Sus dudas sobre las cooperativas de “Argentina Trabaja” se hicieron presentes en la primera conversación que tuvimos al respecto, a los dos meses de su incorporación. “Esas cosas que son con muchas gente, así colectivas, no se sabe cómo pueden llegar a funcionar”. Desde los lineamientos del programa se invitaba al trabajo en grupos, a las decisiones colectivas, a la coordinación de actividades dentro de un grupo. En ese plano, Constanza no se sentía tan a gusto.

La cooperativa en la que se encontraba funcionaba al modo de una cuadrilla municipal orientada al barrido. Debía concurrir todos los días a la oficina municipal, donde Pita era encargado y ahora Mirta secretaria, y atender las indicaciones del presidente de la cooperativa. Allí organizaban las calles que debían barrer cada grupo, hacerlo y volver al mediodía a la oficina municipal.

Comentó que en su cooperativa había una división entre los grupos: “las viejas y las nuevas. Las viejas barren menos, llegan más tarde al trabajo y se van antes. Las nuevas, tienen que cumplir con un conjunto de obligaciones, como llegar temprano, barrer tantas cuadras y permanecer en el lugar, aún en el caso en que hayan terminado su trabajo”. Esto lo comentaba con bronca y al mismo tiempo, con las intenciones de gozar de los beneficios de ser una de las “viejas”. Tal como propusiera Elías (1998) los nuevos en esas situaciones también sufren las estigmatizaciones por parte de los viejos. Algo que Constanza estaba notando. Formaba parte de las nuevas y ello era algo así como una degradación, era la situación del que recién empieza y para llegar a plantear situaciones laborables más confortables había que esperar. Como recién llegada al programa, Constanza ocupaba un lugar relegado dentro del grupo, por lo que no estaba en condiciones de plantear exigencias. Tal como había ocurrido con el Banco Popular, las dudas sobre el programa provinieron principalmente de la dinámica grupal.

A pesar de ello, ante la pregunta sobre qué le parecía el programa, respondió “Mirá... para mí está bárbaro: no estoy trabajando mucho y gano más que bien”. Esa consideración tenía que ver, entonces, no tanto con las reglas de funcionamiento colectivas planteadas por la integración en una cooperativa, sino con el ingreso que obtenía del mismo, del que podía disponer con mayor libertad, según sus necesidades y gustos.

En una de las últimas charlas, comentó que se iba a inscribir en la carrera de Trabajo Social. “Es lo que a mí me gusta, trabajar por la gente”, me

preguntó si la veía bien para eso, le contesté que sí, que entendía que tenía el coraje y el valor para concluir con éxito cualquier emprendimiento que se dispusiera a realizar. Quizás Constanza estaba comenzando a realizar un trabajo político de la mano de Mirta y de Ana, y el trabajo social constituía una forma de acercarse aún más al vecino. O tal vez estuviera proyectando, de la mano de la formación universitaria, encontrar alternativas laborales que le posibilitaran resolver las incertidumbres que la habían acompañado en su trayectoria de vida. Lo cierto es que al involucrar en sus proyectos el tránsito por una institución de formación educativa, daba cuenta de su pretensión de cambios que le permitiesen afrontar mejor su situación individual y familiar.

Conclusiones

Las preguntas que guiaron este trabajo fueron las siguientes: ¿Cómo valoran los destinatarios de los programas a sus lineamientos? era la pregunta que motivó el armado del capítulo. Es decir ¿cómo los interpretan, los consideran y los incorporan en su cotidianeidad?

Nuestro argumento es que los lineamientos de programas de economía social que tienen orientaciones de políticas que hemos denominado en términos amplios y generales como “altruistas”, basadas en el trabajo colectivo, en la inserción grupal y en la solidaridad entre pares— encontraron por parte de Constanza respuestas egoístas, es decir, posturas planteadas preferentemente desde una perspectiva individual. En este sentido, el trabajo contribuye a conocer aún más en la experiencia de quienes, como mencionaba Soldano (2009), se involucran en los programas sociales sin aceptar ni seguir cabalmente sus lineamientos.

La valoración más clara que realizó Constanza sobre los programas es distinta en cada actividad que venía desarrollando: en el Banco Popular podía obtener fondos para desarrollar emprendimientos en los que se sentía más cómoda, al tiempo que actualizar relaciones que le podrían reportar potencialmente recursos. En el caso de Argentina Trabaja, indudablemente, el dinero que retribuía a sus destinatarios era para ella el principal de los incentivos.

En su participación como destinataria de ambos programas, poco se identificaba con los lineamientos programáticos, los que claramente quedaban relegados. Pensamos al respecto que hay un desencuentro entre las propuestas de los lineamientos de programas sociales y las prácticas de sus destinatarios;

que esos lineamientos producen un conjunto de representaciones que entran en diálogo con otros valores, sentimientos, ideas que se encuentran dispersas y mezcladas en las redes en las que se integran destinatarios de programas sociales. A su vez, que en el caso de Constanza, los programas sociales son amoldados y puestos a funcionar dentro de esquemas de reproducción social aprendidos a lo largo de años de trayectoria en sectores empobrecidos.

Si la posesión de un empleo puede considerarse una modalidad de integración social sólida que garantiza la reproducción de las condiciones de vida en función del acceso a un sistema de protección social, casos como los de Constanza nos habilitan a pensar en una integración social débil. Esta debilidad es la que nos permite reflexionar sobre la incertidumbre como característica permanente de sus vidas. Y era esta situación, y su plena consciencia del mundo en el que vivía, la que le había enseñado algunas prácticas y estrategias para desenvolverse. Entre ellas, que era bueno involucrarse en la mayor cantidad de redes posibles simultáneamente, que era importante realizar diversos proyectos y buscar salidas permanentes. Pero ante todo, y siguiendo algunos casos de la tipología de Kessler ya citada, que las salidas y los proyectos se realizan, en el caso de Constanza, de un modo individual en base a su propio esfuerzo y en la búsqueda de nuevas redes, y no tanto en las experiencias colectivas como las que intentaban impulsar los lineamientos programáticos.

Afirmamos que en tanto Constanza se esforzaba por participar en múltiples redes sociales, no consideraba con mayor seriedad los valores que los programas intentaban fomentar. Es decir, ante condiciones sociales de existencia que los invitaba a comportarse como “pícaros” (Le Grand, 1998), los programas sociales los interpelaba en términos “altruistas”, de solidaridad e igualdad, ampliando la brecha entre sus vidas cotidianas y el mundo ideal de los valores que proponen los programas.

Bibliografía

- Alzugaray, L. (2007). Redes sociales y relaciones comunitarias en Barrio Esperanza. En A. Eguía y S. Ortale, (Dir.), *Los significados de la pobreza* (pp. 121-132). Buenos Aires: Biblos.
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires: Manantial.

- Bourdieu, P. (2001). El capital social. Notas provisionarias. *Zona abierta*, 94-95, 83-87.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cravino, M. C., Fournier, M., Neufeld, M. R. y Soldano, D. (2002). Sociabilidad y micropolítica en un barrio bajo planes. En L. Andrenacci, L. (Org.), *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires* (pp. 61-83). La Plata: Ediciones Al Margen.
- Eguía, A. y Ortale, S. (2007). *Los significados de la pobreza*. Buenos Aires: Biblos.
- Elías, N. (1998). Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados. *La civilización de los padres y otros ensayos*. Colombia: Norma.
- Forni, P. y Nardone, M. (2005). Grupos solidarios de microcrédito y redes sociales: sus implicancias en la generación de capital social en barrios del Gran Buenos Aires. *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 9(5). Recuperado de https://ddd.uab.cat/pub/redes/15790185v9/vol9_5.htm
- Gutiérrez, A. (2008). Redes e intercambio de capitales en condiciones de pobreza: dimensión relacional y dimensión vincular. *Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 14(4). Recuperado de <http://revistes.uab.cat/redes/article/view/v14-gutierrez/129>
- Kessler, G. (2000). Redefinición del mundo social en tiempos de cambio: una tipología para la experiencia del empobrecimiento. En M. Svampa (Comp.), *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales* (pp. 25-50). Buenos Aires: Biblos.
- Le Grand, J. (1998). ¿Caballeros, pícaros o subordinados? Acerca del comportamiento humano y la política social. *Desarrollo Económico*, 38(151), 723-741.
- Lomnitz, L. (1994). *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*. México: FLACSO.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Noel, G. (2006). La mano invisible. Clientelismo y prácticas políticas en sectores populares en la era de las ONG. En D. Miguez y P. Semán

- (Eds.), *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente* (pp. 165-181). Buenos Aires: Biblos.
- Soldano, D. (2009). El Estado en la vida cotidiana. Algunos desafíos conceptuales y metodológicos de investigación sobre política y biografía. En S. Frederic y G. Soprano (Comp.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina* (pp. 235-254). Buenos Aires: UNGS-Prometeo.
- Soprano, G. (2008). Doña Silvia. Análisis de redes políticas en el peronismo de la provincia de Misiones durante una campaña electoral municipal. *Andes*, 19, 119-155.
- Vommaro, G. (2006). “Acá no conseguís nada si no estás en política”. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política. *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 161-179. Buenos Aires: IDES.
- Vommaro, G. y Quiros, J. (2011). “Usted vino por su propia decisión”. Repensar el clientelismo en clave etnográfica. *Desacatos*, 36, 65-84.
- Zarazaga, R. (2015). Los punteros como red de política social. *Postdata. Revista de Reflexión y análisis político*, 20(1), 11-29.